



Editorial

En la economía contemporánea de la conservación existe una paradoja urticante que rara vez se formula con la crudeza y solidez argumentativa que merece. Cada año en el planeta se destinan decenas de miles de millones de dólares para proteger la biodiversidad. Se financian expediciones científicas, monitoreos sofisticados, publicaciones académicas y congresos internacionales. Sin embargo, en muchos de los territorios donde esa naturaleza extraordinaria existe, los niños crecen sin tener acceso sistemático al conocimiento científico de sus ecosistemas que literalmente sostienen su vida cotidiana.

Este artículo elaborado por el experimentado científico don Hernán Díaz Muñoz se adentra en esa contradicción. Y dicha incursión no solo él la realiza con las herramientas desarrolladas a través de su sólida formación académica y su nutrida experiencia laboral; sino con el entusiasmo característico de aquella niñez que su propuesta pretende beneficiar.

Algunos de los ecosistemas más valiosos de Chile, tales como el Reserva Nacional Pingüino de Humboldt y el Archipiélago de Juan Fernández, durante décadas han sido objeto de una intensa actividad científica y conservacionista. Investigadores, organizaciones ambientales y agencias públicas han invertido recursos considerables para comprender y proteger estos sistemas ecológicos únicos. Sin embargo, cuando se examina una dimensión más elemental —la oferta de infraestructura y equipamiento educativos permanentes capaces de transmitir ese conocimiento a las nuevas generaciones que habitan esos mismos territorios— aparece una pregunta inquietante: ¿cuánto creció y cuánto crecerá el capital intelectual de los niños y adolescentes locales?

La respuesta que emerge de este estudio es tan clara como perturbadora. La economía global de la conservación ha sido extraordinariamente eficaz para producir conocimiento científico sobre los ecosistemas, pero sorprendentemente mezquina para anclar ese conocimiento en las comunidades que viven dentro de ellos.

El trabajo del señor Díaz no es una crítica a la conservación. Es algo más exigente: una invitación a completarla. Porque proteger ecosistemas sin cultivar el conocimiento ecológico de las generaciones que deberán cuidarlos mañana es, en el mejor de los casos, una estrategia incompleta. Y en el peor, una forma sofisticada de conservación sin futuro.

Lucio Cañete Arratia
Editor Jefe